

INTRODUCCIÓN

Cuando uno nace, *probablemente* no es un libro en blanco. Pero solo podemos afirmar con seguridad que llevamos una carga génica, una herencia filogenética. Lo demás está en el terreno de las suposiciones. Aun admitiendo que llevamos una carga genética, lo que no sabemos con certeza es hasta dónde alcanza esta herencia. Como tampoco podemos ni asegurar ni negar que más allá de la genética haya algo más: predisposiciones o tendencias que marquen nuestra existencia futura o nuestro devenir en algo. El tiempo y la acumulación de conocimientos ayudarán a seguir despejando estas incógnitas sobre las que en unos pocos años hemos avanzado bastante.

Pongamos un ejemplo: hasta hace unos 60 años no sabíamos exactamente nada sobre la herencia ligada al ADN. Fueron Watson y Crick, dos biólogos moleculares, los que descubrieron la manera en que se transmitía la herencia mediante el ADN. En 1962 recibieron el premio Nobel de medicina por ello. Ahora sabemos bastante más, pero todavía es mucho lo que ignoramos. Desde hace mucho menos, una década aproximadamente, sabemos que existen unas influencias que modifican la expresión de la carga genética ligada al ADN, esas influencias son el motivo de una nueva ciencia que está empezando a desvelar sus formas de actuar: la Epigenética. El ambiente: el nicho ecológico, y el comportamiento de nuestros ancestros son factores

que producen cambios en la expresión de los genes, modificaciones que pasan a la herencia **sin variar el contenido del material ADN ni generar mutaciones, eso es lo extraordinario**. Sabemos ahora, que el contexto en el que vivimos, las formas de alimentarnos, el clima, y algunas influencias externas todavía mal conocidas, actúan sobre la expresión genética y son transmitidas a nuestros descendientes, sin por ello modificarse los cromosomas. Por primera vez entendemos que la causalidad, la ley de causa-efecto, puede ir más allá de nuestra existencia y ser transmitida a los descendientes. Lo novedoso es que no estamos hablando del color de los ojos, o de la forma física, sino *de las adaptaciones a ciertas conductas elegidas voluntariamente*. El concepto importante es que, por primera vez, empezamos a comprender —científicamente hablando— cómo **la elección voluntaria del ser humano produce efectos** no solo directamente en nosotros mismos, sino que tiene consecuencias reales en la línea sucesoria; o sea, sobre nuestros descendientes.

Cuando el ser humano deja de ser un niño y se interroga sobre su propia existencia, da comienzo un largo camino que podemos recorrer, o no, pero en caso de hacerlo deberíamos poder elegir la forma en que haremos ese viaje. Pero casi nunca es así, veamos por qué.

No somos únicos, ni estamos solos. Somos un hecho cultural y nacemos en el seno de una cultura que nos transmite, a través del lenguaje, unos recursos elaborados a lo largo de la Historia. A partir de cierta edad, de forma ya consciente, tomamos de la cultura conceptos que nos permitirán construir una imagen del mundo y de nuestra existencia en él.

La forma de tomar de la cultura estos conceptos se convierte en un hecho de importancia trascendente. Si simplificamos al máximo esta cuestión, podemos decir que hay dos formas básicas o elementales de incorporar contenidos a nuestro “ser y estar en el mundo”. **La creencia y la indagación**. Las dos son posibles y no excluyentes. Proporcionan certezas de cualidad diferente. Pero certezas que solo

el individuo, el sujeto de ellas, puede dar por válidas. No se pueden validar objetivamente por diferentes motivos cada una de ellas; la creencia porque no usa la experimentación, y la indagación porque la materia que se indaga no permite la experimentación. Las dos son falibles por tanto desde un punto de vista externo al individuo, o sea, objetivamente. Pero la clase de verdad que proporcionan, tanto una como otra, es válida en tanto que el individuo, o sea el sujeto que apprehende, las hace valer para sí. Las declara válidas para sí mismo.

La creencia toma prestado — de la elaboración de otros — el contenido. Así, el corpus de doctrina, los contenidos sobre el que un ser humano particular establecerá todos los parámetros de su “ser y estar en el mundo”, **le son revelados**. Una vez el ser humano echa a andar con ese bagaje que algo o alguien le ha desvelado, validará los conceptos a través de la praxis. Dará el nombre de verdad a aquello que algo o alguien estableció como auténtico, apoyándose — para certificarlo — en lo que él siente, descubre y obtiene — o sea, a lo que experimenta en sí mismo — al ceñir su conducta al corpus de doctrina que hizo suyo a través de la creencia. Es el camino de la fe.

La indagación no toma prestado nada que no sea deducido previamente de **su búsqueda usando la razón** como faro que ilumina el constructo sobre el que transita. No adhiere a hechos desvelados por otros, por atractivos que sean los parámetros que se le ofrecen, sino que se interroga sobre la validez de lo que sus razonamientos le desvelan paso a paso. Rechaza o admite supuestos en función de la coherencia con su percepción de lo que es real, limitado a su propia comprobación empírica sobre lo que le sucede y lo que sucede a su alrededor. Es un camino sin horizonte previo. No sabe adónde puede llegar, y a menudo debe desandar lo andado para indagar en nuevas opciones que se abren a la duda. Es el camino de la filosofía.

1. LA LIBERTAD

El problema de la libertad es una cuestión elemental en la construcción de nuestro 'ser y estar en el mundo'. Es tan importante que la pongo en primer lugar de cualquier reflexión sobre el qué y el cómo de cualquier otra cuestión. Es por así decirlo una cuestión previa de la que derivarán muchas consecuencias según la visión que adoptemos.

¿Somos libres?

El debate entre determinismo y libre albedrío es tan antiguo como el ser humano. Pero la evidencia de nuestras existencias nos dice que ni somos totalmente libres ni somos totalmente predeterminados. Algunos filósofos en su afán por profundizar en esta cuestión la han llevado a la radicalidad, como Spinoza cuando afirmaba: 'creemos ser libres, pero solo lo somos en la medida que ignoramos lo que nos determina'. Quizás tenga razón, por ahora no lo podemos aseverar.

Seguramente, *probablemente*, muchas cosas que no conocemos nos determinan, influyen o condicionan, pero eso no quita que tengamos cierta electividad; o sea, capacidad de elegir entre opciones posibles. Claro que en último extremo, cuando ya hemos elegido la opción, siempre vendrá quien nos diga que la elección hecha era previsible por determinada condición previa. En definitiva, tenemos margen para la acción, con una libertad condicionada, pero libertad en tanto que podemos elegir la dirección de nuestras acciones de una forma